

Fátima Casaseca

APECTOS SECUNDARIOS



FÁTIMA CASASECA
AFECTOS SECUNDARIOS

ESPASA  NARRATIVA

© Fátima Casaseca, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Los derechos de publicación de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con
International Editors'Co.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 28.483-2018
ISBN: 978-84-670-5340-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

ALICIA

Desde el interior no se ve la calle, por eso no supe que estaba diluviando hasta que abrí la puerta. De todas formas, no me hubiese quedado dentro esperando a que parase de llover. De un sitio así lo único que quieres es salir cuanto antes, dejarlo atrás, olvidarte de que has estado allí nunca. Además, ya llevaba media mañana encerrada ahí y necesitaba fumar urgentemente, así que agaché la cabeza, crucé la calle a la carrera y me metí en el primer soportal que encontré, justo enfrente.

No las reconocí enseguida. Bueno, a Sonia sí, porque ya me había llamado la atención en la sala de espera. Es muy... iba a decir guapa, que lo es si te fijas bien, aunque lo primero que salta a la vista es su exuberancia, cómo anda pavoneándose, todo ojos y tetas. Bastante choni, eso sí. Un poco como Jessica Rabbit, pero de Alcorcón. En cualquier caso, lo que más me chocó no fue eso, sino su desparpajo ahí dentro. En comparación con las caras tristes y abochornadas de las demás, ella entró como si fuese a reclamar alguna injusticia y el mundo entero tuviese que pedirle perdón. Por ejemplo, no bajó el tono de voz ni dejó de masticar chicle cuando le dio su nombre a la enfermera; fue a sentarse al lado de una chica

joven con cara de estar aterrorizada y resopló al dejarse caer en el asiento; cogió una revista, de moda creo, y se puso a mirarla como si aquello fuese la consulta del dentista.

No fui la única que lo notó. Algunas desconocidas intercambiaron miraditas de reproche, como diciendo, mira esta, qué poco le importa. La verdad es que yo también lo pensé. Pero es que, si te fijas, nadie habla ahí dentro. Ni siquiera murmuran. Hasta los acompañantes parecen avergonzados e intentan pasar desapercibidos. Las enfermeras no, claro, aunque ellas tienen excusa: están allí porque es su trabajo y este, entre otras cosas, consiste en tranquilizarnos. Se esfuerzan mucho por hacer que no nos sintamos juzgadas. Las pacientes, en cambio, es casi como si tuviésemos la obligación de estar muy tristes y suspirar mucho. Porque en realidad no queríamos. Porque no nos ha quedado más remedio.

Menuda hipocresía, ¿no crees?

En cualquier caso, a Sonia, como digo, sí que la reconocí enseguida. Estaba en el borde del escalón, de pie, haciendo equilibrios con un cigarro en una mano y el móvil en la otra. Junto a la puerta, escondidas en la semipenumbra del soportal, había dos mujeres más. A esas tardé un par de segundos en ubicarlas, pero por su actitud deduje que acababan de salir del mismo sitio que yo. Nadie hizo amago de saludar.

—Perdona. —Sonia no me oyó, absorta en su teléfono, y yo no me atreví a acercarme más. Me había dejado el mechero en el coche y, aunque no estaba lejos, necesitaba un *piti* antes de volver a encerrarme en otro lugar. Carraspeé—. Perdona —repetí, más alto. Sonia se giró sobresaltada. Dejó de masticar el chicle—. ¿Tienes fuego?

Mientras rebuscaba en su bolso, murmuró algo que no entendí, pero que sonó arisco. Me tendió el mechero sin decir nada.

—Gracias —sonreí, educada.

Me estaba encendiendo el cigarro cuando una de las sombras se adelantó hacia mí.

—Disculpa, ¿te importaría darme un cigarrillo, por favor?

—Claro —contesté.

Iba a ofrecerle la cajetilla, pero temblaba tanto que acabé por sacar uno y entregárselo boca arriba, como una vela. Sonia le dio fuego.

—Gracias —dijo, expulsando el humo y forzando una sonrisa que nos dirigió, primero a mí, después a Sonia.

Era una señora bastante mayor, no sé decirte exactamente, soy muy mala para esas cosas, aunque debía de rondar los cuarenta y muchos. Llevaba alianza. Me sorprendió, la verdad, porque, ahora que la tenía cerca, me di cuenta de que también la había visto en la sala de espera y había dado por hecho que era una acompañante. Llámame ingenua, pero no me esperaba que una mujer adulta, y sobre todo casada, fuese también una paciente. Quizás, pensé, es que tenía ya muchos hijos y no se podía permitir otro, y dejé de sonreírle en el acto, porque sentí una punzada de culpabilidad.

Fumamos un rato en silencio cada una a lo suyo, sin mirarnos. Seguía lloviendo a cántaros y, a pesar de que estábamos en plena primavera, se notaban la humedad y el frío de la tormenta, una sensación intensificada por el olor a asfalto mojado. Ya no se veía a gente por la calle, aunque desde donde estábamos, se oían los bocina-zos cabreados de la Gran Vía. Me puse a pensar en Luis, para variar. El último año es como si no hubiese pensado

en otra cosa. Me imaginé la cara que pondría al enterarse de lo que había hecho, e incluso fantaseé con recriminárselo cuando me preguntara que qué me pasaba, que por qué estaba tan rara. Eso si es que alguna vez conseguía que le importara, claro.

De pronto estalló un sollozo a mi espalda. Ahogado y brusco, como con impulso. Como si hubiese estado retenido mucho tiempo y acabara de escaparse.

Supe que era la señora del cigarro antes de darme la vuelta. Todavía le colgaba entre los dedos, medio consumido. Ni siquiera intentó taparse la cara. La miramos todas, notando una tensión incómoda y esa urgencia de cuando todavía puedes eludir convertir algo en tu responsabilidad. Pero esto era diferente. Quiero decir que no era como cuando un extraño cualquiera se cae delante de ti o se echa a llorar en el autobús. Nosotras no éramos cualquiera, sabíamos perfectamente de dónde acabábamos de salir.

—¿Está usted bien? —La otra mujer en la sombra se acercó a la señora y le puso la mano en el hombro—. ¿Necesita algo?

La señora no dijo nada. Lo intentó, pero otro sollozo, más líquido, se lo impidió. Asintió con fuerza y levantó la mano, parando un improbable acercamiento por nuestra parte. Dejó caer el cigarro.

—¿Ha venido sola? —insistió la otra—. ¿Dónde vive? ¿Quiere que la acompañe a casa?

—No, no —se apresuró a decir la señora—. Muchas gracias, pero de verdad que no.

Se zafó de la mujer y dio un paso enérgico hacia delante. Se iba a marchar con su drama y no íbamos a verla nunca más, pero justo antes del escalón se tambaleó un poco y se le cayó el bolso al suelo, boca abajo. Aunque

suene estúpido, tengo que reconocer que me alegré. No de que se le cayese el bolso, sino de poder hacer algo, lo que fuera, y no quedar como la típica niñata estúpida que no ha sabido reaccionar a tiempo. Unas llaves, una cartera vieja y fea de cuero falso, un paquete abierto de *kleenex*, unos chicles de menta, tickets arrugados, un abono transporte. Las cuatro agachadas, parecía que competíamos por ver quién cogía más, como en una piñata. La señora, que según el abono se llamaba Begoña González Pisón y antes llevaba mechas, repetía «Gracias, gracias, gracias», y seguía llorando. Ni siquiera pensé en las consecuencias cuando dije:

—Tengo el coche aquí cerca. La llevo.

SONIA

¿Que por qué me fui con ellas? Y yo qué sé. Tampoco es que tuviese nada mejor que hacer, la verdad. Supongo que porque me hicieron gracia, la pija y la moderna esa, tan preocupadas las dos, tan serviciales, ja, ja, ja, tendrías que haberlas visto, parecía que les iba la vida en ello. Sentí curiosidad por ver hasta dónde eran capaces de llevar la farsa. Además, llevaba sandalias y estaba diluviando. Tenía los pies *congelaos*.

La señora fíjate que no me daba ninguna pena. Lo que oyes. Tenía pinta de tener familia, hijos o padres o animales o algo a su cargo, responsabilidades de esas que te reclaman y no te dejan sentarte a marchitarte. Y lloró, lo que ya de por sí es buena señal. Me preocupa más la gente que no llora, y muchísimo más la que hace bromitas y se lo toma a coña. Para mí era la primera vez, pero cuando estaba en la agencia acompañé a algunas

de las chicas y sé de lo que hablo. Mira, cuando acababa de empezar, hubo una que se reía todo el tiempo y les decía a las enfermeras cosas como que iba a echar de menos las tetas que se le habían puesto o lo que se estaba ahorrando en tãpax. Se llamaba Vanessa y me dio vergüenza ajena. No se lo dije, claro, aunque debí de poner cara rara y se dio cuenta, porque nunca más me volvió a llamar. Meses después me enteré de que se largó de Madrid, se fue a vivir con su hermana y, una mañana que esta se bajó a la compra, se tomó todos los Orfidales que se había estado guardando durante semanas. Semanas, óyeme bien, se-ma-nas. Desde entonces, desconfío de los frívolos.

Pero me estoy yendo por los cerros de Úbeda. El caso es que no las acompañé porque me diese pena Begoña. Ni ninguna de las otras, a decir verdad. Al fin y al cabo, esto es una putada, un putadón si prefieres, aunque no es, ni de lejos, lo peor que te puede pasar. Ya ves que tiene fácil solución, por mucho que algunos se empeñen en dramatizarla. Porque tampoco es para tanto, en serio. Lo que pasa es que a la gente le encanta exagerar, sobre todo con público, y más todavía si son cosas que les pasan a los demás. Si no, mira el *Gran Hermano*, las *Mujeres y hombres y viceversa* y toda esa mierda que echan por la tele, que no les pasa nada grave, que el que le mola a la rubia le mola más la morena, o que uno no friega los platos y deja pelos en la ducha; vamos, lo que a todo quisque todos los días. Pero ellos se ponen ahí a lloriquear como críos y toda España les sigue, rasgándose las vestiduras y comentándolo como si fuera el fin del mundo.

En fin, que vaya país. Así nos va.

La Alicia esta era una niña de papá. Un poco pánfila, pero bueno, tendría como mucho veinte años y se le no-

taba a la legua que había crecido entre algodones, así que tampoco se le podía pedir más. La seguimos corriendo hasta su coche, un polo verde oscuro, lleno de mierda hasta arriba: apuntes desordenados, botellas de agua vacías, colillas. Incluso había un *bongo* de esos para fumar maría, todo pegajoso. Si no llego a llevar sandalias, te juro que me habría dado la vuelta allí mismo. Qué asco me dio, la hostia.

Dejamos a Begoña delante y yo me senté detrás, al lado de la *hipstérica* samaritana. Le eché treinta y muchos, regular llevados. En cuanto Alicia arrancó el coche, me sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Bueno, encantada. Yo me llamo Lola.

Ja, como si me importase lo más mínimo. La había pillado repasándome varias de veces de reojo, ya desde la sala de espera, con cara de estar condenándome al infierno. Y eso que iba discretita, ¿eh?, que si llego a llevar uno de mis modelitos de faena, le habría dado un telele fijo. Con esta gente siempre es lo mismo, ¿sabes? Mucho paz y amor, mucha camiseta de rayas, moñete despeinado, gafas de empollón y estrellitas tatuadas, y luego son más puritanas que una monja octogenaria. No soporto a esas tías, pero no era plan de montar un pifostio delante de las otras, así que me limité a presentarme yo también, en general.

—Yo soy Sonia —dije.

—¿Dónde vive? —preguntó Alicia, incorporándose a Gran Vía.

—En Prospe —contestó Begoña—. Prosperidad, quiero decir. Al lado del auditorio.

—Sé dónde es —sonrió modosita.

—Pero de verdad que estoy mejor. No hace falta que me lleves.

—No se preocupe, me pilla de camino —zanjó—. ¿Y vosotras? —Alicia nos preguntó a las de atrás, mirando el reflejo del retrovisor.

—Yo me bajo donde Begoña —contestó Lola—. Sólo he venido a acompañarla.

Begoña dio un respingo, como era de esperar. Se giró con cara de preocupación, de terror más bien, y volvió a repetir que estaba mejor y que, de verdad, no necesitaba que nadie la acompañase a ningún sitio.

—Yo vivo cerca de plaza de Castilla —dije, antes de que la Lola esa pudiese protestar. Se notaba que era de esas pavas a las que les mola discutir en bucle. Hay gente así.

—Genial. —Alicia me sonrió en el espejo—. También me pilla de camino.

—De puta madre.

Me recliné en el asiento y cerré los ojos.

LOLA

Me estaban poniendo de los nervios, esa es la verdad. Begoña no, pobre, me refiero a las otras. La típica niñata pija y la choni arrabalera, igual de egoístas e insensibles las dos. Tendrías que haber visto cómo miraban a Begoña cuando se puso a llorar, en serio, ni que tuviese algo contagioso. Aj, las hubiese abofeteado, te lo juro.

Con esto no quiero decir que fuesen malas chicas, eso nunca, que no las conocía de nada y a saber su situación. Sororidad ante todo. Iban las dos solas, así que muy buena no debía de ser. Ni una triste amiga para acompañarlas. Vale que yo iba sola también, pero fue porque yo lo quise. Eduardo me habría acompañado si se lo hubiese pedido, eso que quede claro. Lo que pasa es que

Eduardo no tiene ni idea de que estaba embarazada, y a Berta, aunque es mi mejor amiga, no podía pedírselo. Ha tenido un bebé hace poco y está algo sensible con el tema de la maternidad, ¿sabes? La quiero mucho, pero últimamente parece que, en vez de una cesárea, le han hecho una lobotomía.

En cualquier caso, y volviendo a Alicia y a Sonia, a lo que me refiero es que están cegadas por su situación privilegiada y que, a la hora de tener libertad de elección, ellas, nosotras sí que la tenemos y, en cambio, gente como Begoña, no. Y no lo digo a la ligera, ojo, que entiendo que ya no hace falta escaparse a Londres o buscarse una curandera en el pueblo, y eso que hemos estado a puntito de volver a eso con el imbécil de Gallardón, que menos mal que no le dejamos, pero de todas formas, lo miro como lo miro, la sexualidad sigue siendo un asunto de clases, una herramienta de dominación patriarcal. Mira el precio de los hijos, de los condones, de la píldora, de una I.V.E. en condiciones. Apostaría el cuello a que, para la suya, Begoña ha tenido que gastarse los ahorros de toda su familia y que, aun así, no le ha llegado para la anestesia. Cuatrocientos euros no son moco de pavo para alguien como ella, créeme.

En el coche de Alicia, uno de esos de niña de papá rebelde que apestaba a tabaco, nadie decía nada sobre lo que acababa de ocurrir. Yo hubiese preferido mil veces acompañar a Begoña sola, invitarla a un café, hablar con ella de mujer a mujer, consolarla, animarla, pero ahí encerradas las cuatro no me apetecía ponerme a pegar gritos desde el asiento de atrás, preguntándole por sus circunstancias. Decidí que lo mejor sería esperar y darle mi número cuando nos bajásemos: así podría llamarme si necesitaba ayuda o desahogarse o lo que fuera. Estaba pensando

en cómo decírselo sin asustarla y sin sonar condescendiente, cuando la choni sacó un cigarrillo y preguntó si se podía fumar. Alicia dijo que sí, sacó también su cajetilla y de paso le ofreció otro a Begoña. Increíble. ¿Tú crees que alguien me preguntó a mí si me molestaba? ¿En un espacio minúsculo y con las ventanas cerradas? Por supuesto que no. Les dio exactamente igual. Hay gente que no tiene empatía ni respeto por nada.

—Hacía lo menos doce años que no daba una calada —dijo Begoña, expulsando el humo de la primera—. Y hoy ya es el segundo.

—Pues no deberías empezar otra vez —dije—, y mucho menos por...

—Ya —cortó—, ya lo sé.

Y volvieron a callarse todas. ¿Te parece normal? Mucho te llevo a casa, quieres un cigarrillo y qué amable soy, pero, eso sí, de tus problemas no me cuentes, que no quiero saberlos. Me pone enferma que este tema siga siendo tabú, sobre todo entre mujeres y para colmo en una situación así. Porque, a ver, tontas no somos. Vale que no nos conocíamos de nada, aunque todas nos habíamos visto allí dentro y sabíamos a qué habíamos ido. Lo natural, lo sano en cualquier otra situación hubiese sido preguntarle a Begoña que qué le pasaba, que por qué lloraba, ¿no te parece? O, por lo menos, si se encontraba bien. Digo yo, vamos.

—¿Estás bien, Begoña?

No me pude aguantar, qué se le va a hacer. Pensé que igual estaba mareada. Yo sólo había ido a la revisión, pero si ella se lo acababa de hacer, debía de tener la tensión por los suelos.

—Sí —dijo, sin mirarme—. Gracias.

—¿Has comido algo? Tengo una barrita de muesli con chocolate. Es vegana, pero no se nota.

—No te preocupes —contestó. Dudó un momento antes de añadir—: Sólo había ido a la revisión de... de después.

—Yo también —dijo Alicia.

—Y yo —dijo Sonia.

—¿Y está todo bien? —pregunté, ignorando a las otras.

—Sí. El médico ha dicho que salió todo perfecto. —Dio otra calada—. ¿Vosotras?

Todas contestaron que también, todo bien. Sin embargo, por el espejo retrovisor vi como Begoña apretaba los labios y se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez. Llámame paranoica, pero para mí eso fue una señal irrefutable de que en la vida de Begoña había algo turbio y problemático.

BEGOÑA

De verdad que yo no tenía ningún interés por meterme en ese berenjenal. Yo lo único que quería era irme a mi casa. Tenía que preparar la comida, dejar una tortilla para la cena, poner una lavadora, planchar un montón de camisas de Ramón, y todo eso antes de irme a trabajar, que tenía turno de tarde esa semana. ¿Lo entiende? No tenía tiempo para chácharas.

Y además ya había pasado todo, gracias a Dios. Se supone que por fin podía volver a mi vida normal y dejar de preocuparme. A buenas horas me mandaba nadie buscarme amistades en ese sitio. No, no, no. Cuanta menos gente lo supiese, menos posibilidades de que se enterase Ramón. Ni siquiera Manuel, que me había prestado los cuatrocientos euros para hacerme el, bueno, eso

que me había hecho, me había preguntado para qué eran. Al pobre tampoco es que le sobren, que tiene que vivir con la vieja bruja esa de abajo, pero como no sale nunca, que se pasa el día metido en mi casa y come ahí día sí, día también, pues dijo que tenía algo de dinero ahorrado y que no le importaba dármelo.

—Te lo devolveré —le dije.

—No te preocupes por eso —contestó. Y como me puse a llorar, me abrazó y dijo—: Cuando puedas, no hay prisa.

Más majo... Con lo que se mete con él Ramón, que dice que es un gorrón y maricón perdido, y luego resulta que es más bueno que el pan. Estuve a punto de contárselo todo, fíjese lo que le digo, que me pilló el día del test llorando a moco tendido en la cocina. Pero al final me dio reparo, ¿sabe? Estas cosas no se van prodigando así, a los cuatro vientos. Además, Manuel es chico y un poco raro. No sé si es mariquita o no, aunque algo raro sí que es.

El caso es que yo no tenía ganas de meterme en camisas de once varas, pero tampoco se me ocurría cómo decirles que no sin sonar antipática. Eran chicas jóvenes, las pobrecillas, sobre todo la chiquita del coche, Alicia, era una cría. Tan chica y ya metida en estos líos... Qué pena esta juventud, de verdad, que pienso en mi Blanquita, que acaba de hacer doce años, y se me ponen los pelos de punta. En fin, que yo no quería ser grosera y al final me liaron, como siempre. A mí siempre me lía todo el mundo.

Había un tráfico de mil demonios y tardamos mucho en llegar a mi casa. Me habría dado más vergüenza si no hubiese estado un poco mareada. Yo creo que fueron los pitillos. El primero casi ni lo probé, pero el segundo me

sentó como un tiro. También es que no había desayunado esa mañana. Entre los nervios, que Ramón estaba de viaje con el camión, Blanquita que se puso histérica porque no encontraba su estuche y tenía un examen de lengua, y al final, después de buscarlo por todas partes, resulta que se lo había escondido Toño —que es un bicho de cuidado, muy buen niño, aunque muy bicho, y lo que más le gusta es hacerle de rabiarse a su hermana mayor—, pues imagínese. Blanca se enfadó muchísimo y le dio una colleja, el otro se la devolvió y empezaron a pelearse y a gritarse de todo. Así están todo el santo día, como el perro y el gato, que me tienen harta, se lo juro. Y encima la angustia por eso, que vale que sólo era una revisión y que después de la operación me dijeron que había salido todo bien, pero nunca se sabe.

Lo mismo me había cogido una infección o algo y no me había dado cuenta, que es que ya era lo último que me faltaba. Con lo poco que me gustan a mí estas cosas, que hasta preferí hacerlo sin anestesia para vigilar al médico, que fue muy amable, eso sí, amabilísimo, pero ya se sabe que las anestésicas esas son peligrosas. Anda que no se ha quedado gente tiesa ahí en medio de una operación por culpa de la anestesia, que lo he leído en el *interné* ese. Todo el tiempo tenía pesadillas en las que me pasaba a mí y entonces, ¿qué? Figúrese, llamarían a casa y todos se enterarían de lo que había hecho y yo no podría explicarlo ni pedir perdón porque estaría muerta. A Ramón le daría un *jari*, como poco, y los niños... Ay, madre de Dios, los niños se quedarían tarados de por vida.

Pero bueno, que había salido todo bien, que era lo importante, y yo estaba mucho más tranquila, aunque me hubiesen mareado los cigarrillos. No quería ser

maleducada, así que cuando la chica esta, Lola, se bajó del coche conmigo y se empeñó en invitarme a un café, por si quería hablar, me dijo, o me podía ayudar de alguna manera, le contesté que no podía, pero que otro día. Me pareció feo decirle que no del todo. Después de todas las molestias que se habían tomado trayéndome hasta casa con el tráfico que había y acompañándome y eso, ¿no cree? Además, insistía mucho y estábamos delante de mi portal, nos podía ver cualquiera, que mi barrio es tela de cotilla, y a ver de dónde decía yo que conocía a una chica así, tan moderna ella y tan joven. Pensé que lo mejor sería no discutir y me apunté su número rápido. Me dio un abrazo al despedirse, que me dejó un poco descolocada, pero se lo devolví, porque parecía que le hacía mucha falta, y ya me di la vuelta y me subí para casa. Bastante tenía con lo mío, que, para colmo, se me había olvidado poner a remojo las lentejas.